

las malas pasiones, y los que seducen á las turbas con la esperanza de la soñada nivelacion de fortunas y liquidacion social.

Desgraciadamente, la desigualdad de fortunas, por más sensible y dolorosa que sea, por más compasion que inspire la condicion miserable de las clases pobres, y las terribles privaciones que éstos sufren, miétras los ricos nadan en la abundancia, es un hecho social inevitable. Esta desigualdad no proviene de una irritante injusticia ó de que esté mal organizada la sociedad actual, como claman los utopistas modernos, sino que proviene de la misma naturaleza. De manera, que el ideal del socialismo es una evidente quimera.

Hemos dicho que la desigualdad de fortunas proviene de la misma naturaleza, porque de ésta proviene la desigualdad de los hombres. Estos no son iguales sino en el nacer y en el morir; pero en todo lo demás no hay uno igual á otro.

Por eso, aunque se supusiera por un momento la nivelacion de todas las fortunas, la reparticion igual de toda propiedad mueble é inmueble no duraría una semana, ni áun un dia. Con igual fortuna é iguales medios, el hombre metódico no gastaría tanto como el derrochador; el hombre activo produciría más que el holgazan; el hombre de talento más que el tonto; el fuerte más que el débil. Hé aquí, pues, cómo de la misma naturaleza nacería la desigualdad de fortunas. La igualdad no es posible miétras los hombres no fuesen iguales en talento, en virtud, en carácter, en gustos, en laboriosidad. En breve se verían de nuevo pobres y ricos, miserables y hartos, y nadie podría decir que esta diversidad de condiciones proviniera de una injusticia ó de la mala organizacion de la sociedad, sino de la diversa conducta, inteligencia, salud y robustez de los hombres. Habría que hacer la liquidacion cada semana.

Aquí se ve la refinada malicia de los socialistas, hablo de los jefes, á quienes no puede ocultarse esta imposibilidad evidente de realizar sus teorías, y, sin embargo, calientan con ellas las cabezas del pueblo, pervirtiéndole y abusando

de su miseria, para lanzarle á los más reprobados excesos. ¿Qué nombre merecen estos mónstruos? No se encuentra en los diccionarios una palabra adecuada para expresar debidamente su perversidad.

Los medios de que quieren valerse para realizar sus planes no son lentos ni pacíficos. Son los más atroces é infernales que pueden ocurrir á un corazon pervertido y deseperado; el petróleo, el puñal y la piqueta, es decir, el incendio, el asesinato y la destruccion. Ya los vimos practicados por la *Commune* de Paris y por los internacionales de Alcoy, y nos lo ha dicho bien alto y bien claro el periódico *Los Descamisados* (1).

La cuestion social se presenta, por lo tanto, pavorosa, amenazando al mundo con espantosos trastornos para el porvenir. Urge, pues, poner decididamente el remedio para reprimir la audacia de esos hombres perturbadores y criminales, que, semejantes á las Furias, se complacen en la sangre y en los horrores. Urge poner un coto á los voraces apetitos de esos miserables y viciosos, que, no teniendo nada que perder, lo esperan todo del desórden. Bien saben que la igualdad de bienes es imposible; lo que quieren es que se vuelva en beneficio suyo, y enriquecerse con los bienes de los otros. En una palabra, quieren organizar un robo universal, y que las riquezas de otros pasen á sus manos. Entónces no hallarían la sociedad mal organizada, ni predicarian la liquidacion.

No se necesita gran penetracion para comprender la causa del malestar social. A principios de este siglo, no habiéndose desarrollado la sed hidrópica de goces, que enloquece hoy á los hombres, no era, ni con mucho, tan grande el malestar de la sociedad. Los refinamientos de la

(1) Para mengua de la sociedad moderna, hé aquí un extracto del programa de este periódico sanguinario, que se publica en Madrid, burlándose del público y de las autoridades: ¡900.000 cabezas!—¡Guerra á Dios!—*La propiedad es un robo.*—*Nivelacion social, completa y absoluta.*—*Amor libre.* Y, ¿tolera esto un pueblo civilizado?

época han venido á crear sibaritas en los talleres y hasta en los campos. El bracero consume en un espectáculo el fruto de su jornal de una semana, y no porque estos goces, que desalados buscan, puedan hacer su felicidad; sus padres sin ellos eran más felices. Esta conducta desacertada de las clases trabajadoras contribuye á fomentar el pauperismo; calamidad que aflige á nuestra época, y que exageran los reformadores para aplicar como remedio sus utopías: remedio que ciertamente es peor que la enfermedad.

Urge, pues, que las clases numerosas adquieran hábitos de orden, de justicia y de moralidad, y entónces acabaría el socialismo. Estos hábitos solo puede formarlos el Catolicismo. Luego no hay otro remedio para el mal que ayudar en su obra reparadora á esta religion santa. Ella corrige las malas inclinaciones del pobre y sus apetitos desordenados, y le enseña á estar contento con su suerte, y á hacer méritos para con Dios de sus mismas privaciones, sabiendo que la vida presente solo es un tiempo de prueba, una peregrinacion, y que despues de ella nos espera una eternidad de gloria. Ella corrige tambien el orgullo del rico, predicándole la caridad con el pobre, esa caridad divina que no envanece al que da, ni humilla al que recibe; y le dice que ha de dar cuenta del uso que haga de sus riquezas. Ella tiene en el Evangelio la sublime parábola del rico epulon y el pobre Lázaro; y prescribe á todos sus deberes en todas las posiciones de la vida.

Y el consuelo más eficaz que da, además de lo dicho, para sobrellevar con resignacion la desigualdad social, es que ésta no proviene de una mala organizacion de la sociedad, sino de la misma naturaleza, viciada por el pecado original. Preciso es, por lo tanto, resignarse á lo que no se puede evitar. Pero si la suerte de los indigentes ha de experimentar algun alivio, en vano se buscará fuera de la influencia de la Iglesia, que es la verdadera madre de los pobres. Cuando habia Ordenes religiosas no se conocía el pauperismo, porque aquellos Frailes tan execrados tenían siempre para el pobre un pedazo de pan para su hambre, y una palabra de consuelo y de esperanza para su corazon.

Pero si se quita la religion al pueblo, es natural que le sea insoportable su miseria, y que considere como una cosa justísima el socialismo. Por eso éste, para propagarse, necesita destruir la religion.

§ III.—*La Internacional* (1)

La forma más descarada y peligrosa del socialismo moderno, es esa temible y vasta sociedad, que en pocos años se ha extendido por todas las naciones de Europa y áun de América, dando aterradoras pruebas de su existencia, y proclamando en alta voz el socialismo, la liquidacion social, el ateismo y la anarquía, y que ha tomado el nombre de *Asociacion internacional de los trabajadores*.

Todos han oido hablar de ella como el presagio más fatal de trastornos y revoluciones sociales; todos tienen fijos sus ojos en los agigantados progresos que ha hecho, y todas las gentes honradas buscan los medios más eficaces para contrarestar sus aspiraciones disolventes. Cuando los Gobiernos, que en su origen la miraron con indiferencia, se apercebieron de los peligros que amenaza esta asociacion, la encontraron ya robusta y poderosa, capaz de resistirlos y áun de derrocarlos. Hoy es una potencia formidable y aterradora.

La Internacional no razona, sino que obra; no discute, sino que avanza. Aferrada á sus errores y á sus ódios tiene la funesta conviccion de que la sociedad está mal constituida, y no respeta ninguna de sus bases, ni acepta nada de lo existente; religion, familia, pátria, propiedad, justicia, moralidad.

En cuanto á religion, es francamente atea; en cuanto á familia, niega la autoridad paterna, y emancipa á la mujer, autoriza el divorcio; en cuanto á pátria, se declara cosmo-

(1) Véase Villetard, *La Internacional desenmascarada*.—*La defensa de la sociedad contra las tendencias de la Internacional*, excelente revista que se publica en Madrid, en la que escriben los más distinguidos literatos españoles.

polita; en cuanto á propiedad, proclama el comunismo de la tierra y del capital, y solo admite cierta propiedad individual que no se explica; en cuanto á justicia, desconoce todas sus bases y rechaza toda autoridad; en cuanto á moral, autoriza todas las pasiones y se declara materialista.

Tales son los principios proclamados por la Internacional en sus congresos generales (1), en sus periódicos, en sus folletos y en sus clubs.

Parecía que con estos principios no era posible seducir, como lo ha hecho, á la honrada clase de los trabajadores; pero los ha alucinado con el cebo de mayor ganancia por su trabajo. La mayor parte de los obreros no han visto en la Internacional sino el medio de adquirir un jornal más alto que el que disfrutaban, ó un aumento de precio para su obra y disminucion de las horas de trabajo. Por esto se han apresurado á ingresar en esta asociacion, sin conocer toda la perversidad de sus tendencias; y una vez ingresados, se constituyen en dóciles instrumentos de los jefes, y aceptan con pasmosa facilidad sus doctrinas y sus lisongeras promesas. Otros, devorados por un ansia desatentada de goces, ó aguijoneados por múltiples necesidades que se han creado con sus vicios, buscan en el socialismo de la Internacional los medios de satisfacerlas. A esta clase pertenecen los obreros de las capitales.

El resultado es que se ha propagado por todas partes, adquiriendo numerosos prosélitos en todas las artes, industrias y oficios, organizándose de un modo compacto; y cuando se ha visto poderosa, ha arrojado la máscara y ha manifestado sus propósitos, llevando la ansiedad y el temor á todos los ánimos.

Estos propósitos son tan criminales como irrealizables en la práctica. Solo pueden servir para causar en la sociedad profundos trastornos y males irreparables.

(1) De Ginebra en 1863, de Losana en 1867, de Bruselas en 1868, de Basilea en 1869, de la Haya en 1872. Sabido es también cómo se expresaron los tres congresos regionales celebrados en España, especialmente el de Córdoba, á fin de 1872.

La sociedad no puede subsistir sin religion, como lo dejamos demostrado en varios lugares de esta obra. La Internacional no podrá destruir la religion, como no han podido destruirla en ningun tiempo los errores, los vicios ni las pasiones. Es posible despojar á los pueblos de sus leyes, de sus hábitos, de sus costumbres y hasta de su carácter general; pero no se les podrá quitar el sentimiento de una religion, cualquiera que sea, cuyo sentimiento está profundamente arraigado hasta en los pueblos más salvajes. Tratar de destruir la religion, es tratar de destruir la sociedad.

Del mismo modo no es posible romper los lazos de la familia, que llenan el corazon del hombre y constituyen su más pura felicidad. Dios y la naturaleza unen las almas de los esposos, dan al padre autoridad sobre sus hijos, y á éstos veneracion y respeto hácia sus padres, los cuales trabajan y se afanan por dejar un patrimonio á los que han dado el sér. En vano se tratará de romper estos lazos, de negar la potestad patria y de abolir la herencia: solo se logrará envilecer y degradar á la familia. Y precisamente el obrero, por necesidad ó por instinto, se adhiere á la familia más que otra clase de la sociedad, y tal vez solo atendiendo al bien de su familia, se afilia en la Internacional.

Tampoco es posible realizar la idea extravagante del *cosmopolitismo* y borrar del corazon del hombre el dulce amor de la patria, que es como una ampliacion de la familia. Para esto sería preciso borrar la historia y sus páginas gloriosas, olvidar á los héroes, olvidar el propio idioma, y, sobre todo, ese cariño instintivo, pero vivísimo, con que los hombres miran, especialmente en la ausencia, el lugar que los vió nacer. El Catolicismo recomienda el amor de la patria, y, sin embargo, enseña y manda tener como hermanos á todos los hombres. La Internacional sustituye al amor de la patria el más grosero egoismo.

Pero lo que la Internacional ataca con más reconcentrada ira, y es como el blanco de todos sus tiros, es la propiedad. Este es el centro de la batalla, el punto principal sobre que giran sus teorías y aspiraciones, y el fin á que dirigen

ostensiblemente sus esfuerzos. Cuando habla de esto, su lenguaje es más que nunca agresivo é insultante, alternando entre lamentos, sofismas y amenazas. Resucita bajo una forma nueva la lucha eterna entre ricos y pobres, y lanza un reto á toda propiedad y á toda riqueza, como si fuera ilegalmente adquirida é injustamente poseida.

Disfrazándose la Internacional con un supuesto deseo de mejorar la suerte del obrero, crea un antagonismo y áun un ódio irreconciliable entre el trabajo y el capital, sentando errores gravísimos y funestos sobre la produccion y la riqueza. Una vez hecho esto, pone en juego medios reprobados para destruir sordamente toda propiedad acumulada, y llegar á establecer una soñada igualdad de fortunas, que ya hemos probado que es imposible. Por último, se lisonjea de que sus teorías han de organizar el mundo de manera que todos sean felices y dichosos.

Pero sin más que apelar al sentido comun, se comprende que esas teorías son absurdas, y que perjudican al obrero y al capitalista, á la industria, á las artes y á las ciencias, y á toda la sociedad en general.

Son absurdas, porque el trabajo y el capital son dos aliados, y no dos enemigos. El uno necesita del otro para producir, y si se divorcian entre sí, ambos perecen, al paso que si se dan apoyo, ambos prosperan. Las relaciones del obrero con el capitalista tienen por base un contrato libre, y hasta ahora han marchado en perfecta armonía, en lugar de ponerse frente á frente. El obrero recibe el precio de su trabajo previamente estipulado y aceptado, y en esto no hay ni puede haber injusticia y explotacion del hombre por el hombre, como dice la Internacional. Es absurdo é inmoral suponer que el salario rebaja al hombre ó le pone á merced del capital. Este no fija arbitrariamente el precio del trabajo del obrero, sino que lo fija la misma sociedad por el aprecio que hace de sus productos, segun la relacion que tienen éstos con las necesidades ó comodidades de los consumidores. Además, léjos de rebajar al hombre el recibir un precio puesto á su trabajo, le ennoblece. No conozco satisfaccion más pura que recibir el importe de lo que

noble y honradamente gano con mi trabajo, y confieso con noble orgullo que entónces crezco en estimacion á mis propios ojos. Pero la Internacional convierte esta nobleza en una afrenta, y con esto degrada al trabajador á la condicion de una máquina de más ó ménos potencia, y apaga toda su actividad.

Por otra parte, el capital no es otra cosa que un trabajo acumulado. Así como un obrero robusto produce más que otro débil, así el trabajo acumulado en capital representa una fuerza productora igual á la de todos los obreros que pueda emplear. Es como un obrero gigantesco de mil brazos. La Internacional no puede ménos de confesar, vencida por la evidencia, que el capital es un elemento indispensable para la produccion.

Además del capital y el trabajo, hay otro elemento que entra como parte principal en la produccion, y que desarrolla la fuerza de aquéllos: la inteligencia. Un sábio que hace un descubrimiento importante, hace más en una noche por el progreso de la industria que mil obreros en un siglo. En vano habría materiales é instrumentos, no habiendo un ingénio que los vivifique. Así es, que la inteligencia se asocia con el capital por partes iguales para explotar una industria; aquélla solo pone la direccion, éste los medios y los materiales, y despues dividen los productos. Pero la Internacional parece que no cuenta para nada con este elemento tan fecundo, pues concede toda su atencion al trabajo material, que da productos materiales. Con esto revela sus intentos de abusar del obrero incauto, haciéndole creer que es el único sér necesario de la sociedad, para de este modo lanzarle á las reprobadas empresas que maquina (1).

(1) En el congreso de Ginebra fueron rechazados obstinadamente los *obreros del pensamiento*, para formar parte de la Internacional, y si no se dió el escándalo de que fueran excluidos, se debió á las enérgicas protestas de los comisionados ingleses y alemanes. Despues, sin embargo, el principio de exclusion de los que profesan las artes liberales, los trabajos científicos, ha sido proclamado por la Internacional.

No basta el trabajo material para proveer á la subsistencia y necesidades de la sociedad. En el mero hecho de existir ésta, los hombres necesitan algo más que alimento y vestido. Necesitan médicos que curen sus dolencias, abogados que defiendan sus derechos, ingenieros que construyan las obras públicas y perfeccionen la industria, soldados que protejan sus hogares, profesores, en fin, de todas las ciencias, que atiendan á las necesidades del alma, que valen algo más que las del cuerpo. Todos estos trabajan cada uno en su esfera, y nadie será tan temerario que niegue que su trabajo no es útil y digno de una recompensa. Sin embargo, estos no son productores en el sentido que da á esta palabra la Internacional. Pero esta asociación, como materialista que es, todo lo quiere para el cuerpo y nada para el espíritu.

No nos es posible extendernos en más largas consideraciones morales y económicas; pero lo dicho basta para demostrar que las teorías de la Internacional son absurdas y se apoyan en supuestos falsos é injustos.

Resta probar que son perjudiciales, aun consideradas bajo el punto de vista meramente económico, pues bajo el aspecto de su inmoralidad ya están juzgadas.

Son perjudiciales al obrero, á quien las huelgas aficionan á la ociosidad, y en último término reducen á la miseria. Es indudable que las huelgas paralizan el trabajo y disminuyen los productos y arruinan muchas industrias, todo lo cual es en perjuicio de las clases numerosas, pues se hace más cara la subsistencia. El obrero no reporta de ellas ninguna utilidad. Si la huelga es local, arruina al fabricante; si es general, encarece el artículo. Aunque el obrero consiga el objeto que se proponen las huelgas, que es el aumento de salario, nada habrá mejorado su situación, pues bien pronto se alterará el precio de todas las mercancías, buscando unas con otras su nivel, y el obrero tendrá que pagar todos los artículos de consumo, encarecidos en la misma proporción de aquel aumento. A la subida de los jornales ha de seguir necesariamente la de todos los elementos que concurren á la producción. El mismo resulta-

do se sigue de las huelgas que tienen por objeto disminuir las horas de trabajo en las fábricas, es decir, el mismo aumento en el precio de los artículos. El fabricante que necesitaba mil obreros cuando trabajaban diez horas, no podrá ménos de emplear mil doscientos cincuenta cuando solo trabajen ocho, si se ha de llevar á cabo la misma faena, y desde este punto de vista, el resultado será como si se hubieran alzado un 25 por 100 los jornales. Las consecuencias son más deplorables, pues que sin haber crecido los ingresos del obrero, se aumenta el precio de todos los objetos necesarios para el sostenimiento de la vida.

El perjuicio de los capitalistas es evidente, porque la Internacional aspira directamente á su ruina, y así lo confiesa sin ambages ni rodeos.

No son menores los daños que sufre la industria. Esta queda paralizada, porque es natural que los capitales, al verse atacados, se retiren y escondan, como ya lo hacen en épocas de revolución. Sin capitales no se hubieran realizado nunca, ni se realizarían en adelante, los progresos de la industria y del comercio; las máquinas costosas, los ferrocarriles, el telégrafo, todas esas obras y otras cuyo solo ensayo no puede hacerse sin grandes dispendios. Además, las grandes empresas industriales se acometen por la esperanza de aumentar el capital, y si faltara este aliciente, no se pensaría en ellas y decaería la industria.

El comercio se ve perjudicado, porque cualquiera huelga le impide adquirir existencias, y altera rápidamente los precios en el mercado.

Por último, se perjudica la mayoría de la sociedad, que son los consumidores, que se ven precisados á pagar más caros todos los artículos de consumo, sin contar la inquietud que causan las reuniones de muchos trabajadores ociosos y dispuestos á seguir las sugerencias de los revolucionarios de profesión, que los emplean como instrumentos para sus proyectos destructores. Esta inquietud es mayor desde que la Internacional ha manifestado sus propósitos de conquistar á toda costa el poder político, para estable-

cer una república universal, y entónces imponer por la fuerza sus disolventes reformas.

De manera que la Internacional es un gravísimo peligro público, que todos los hombres honrados deben acudir á conjurar.

Pero, ¿qué medios pueden y deben emplearse para ello? En mi concepto es muy fácil detener sus progresos. Hé aquí como.

§ IV.—*Remedios para defender el orden social.*

Los perversos errores que acabamos de impugnar en los artículos precedentes, solo pueden ser vencidos de un mismo modo: avivando en la sociedad el sentimiento religioso, favoreciendo al Catolicismo y desarrollando sus instituciones. Fuera de esto, cualesquiera medios que se empleen serán ineficaces y tal vez perjudiciales.

Ni las sociedades secretas, ni el socialismo, ni la Internacional, pueden ser vencidos y estirpados por la fuerza de las armas, porque forman ya ejércitos numerosos capaces de hacer frente á cualquier Gobierno. Este medio solo podría producir conflictos sangrientos y una guerra social declarada. Además, no bastaría atacarlos en una nacion; sería preciso atacarlos simultáneamente en todas las naciones en que se han extendido y arraigado profundamente. Y dado caso que pudieran ser vencidos por algun tiempo, no podría impedirse, dada la índole, audacia y tenacidad de los hombres que forman estas asociaciones, que en breve retoñasen con más fuerza. Las ideas no son sofocadas con la violencia: las revoluciones morales no se hacen con las bayonetas.

Tampoco son eficaces las leyes. Las sociedades secretas se burlan de ellas trabajando en la sombra y preparando la ruina de los Gobiernos que les son hostiles. El socialismo considera todas las leyes como injustas y opresoras, hechas por los enemigos del pueblo, para explotar á éste en provecho propio. No tienen, pues, las leyes ningun prestigio moral para estas gentes, y cuanto más se legisle con-

tra ellos, más se avivarán sus ódios, si han de ser consecuentes consigo mismos. Además, ya hemos visto que no hay fuerza en los Gobiernos para hacer respetar estas leyes. Por último, como estas sociedades son ya sobrado numerosas, envían á los Parlamentos un gran número de diputados amigos, que no solo impiden que se legisle contra ellas, sino que además hacen su defensa.

De nada sirve tampoco que se formen ligas y asociaciones de los hombres llamados de *orden*. Estos no tienen la audacia, la tenacidad y la actividad de los contrarios, y, por lo tanto, solo podrían oponer una débil resistencia á sus progresos. Las clases conservadoras nada hacen contra estos peligros sociales, sino exagerarlos con incesantes lamentaciones.

Piensen otros que aquellos peligros desaparecerán con dar instruccion á los pueblos. Podrá admitirse esto hasta cierto punto; pero la instruccion es un medio sobrado lento, y no consienten dilacion las impaciencias masónicas y las socialistas. Por otra parte, la instruccion, si no es sólidamente religiosa, solo serviría para facilitar á estas sociedades mayores elementos de lucha (1).

No queda otro camino que la religion. Que los Gobiernos protejan á la Iglesia, que la ayuden en su accion reparadora, y la sociedad será salvada, y los que la turban actualmente serán muy pronto sus defensores.

Aquellos errores tienen por base el ateismo; no pueden, por lo tanto, ser vencidos, sino inculcando profundamente la idea de Dios y las consecuencias que de ella nacen. Esto solo puede hacerlo provechosa y eficazmente la Iglesia.

Aquellos errores aspiran como fin á goces sensuales y terrenos, al más desenfrenado materialismo; preciso es, por lo tanto, hacer ver cuánto degradan y envilecen al hombre, y recordarle la nobleza de su alma, y sus elevados destinos. Solo la religion puede endulzar las amarguras

(1) Véase lo que hemos dicho arriba, cap. 2.º, párrafo 3.º.

de la vida, y moderar las pasiones, dando al corazón la esperanza consoladora de una felicidad eterna. Solo la Iglesia sabe hablar dignamente este lenguaje.

Aquellos errores discurren de un modo racionalista; solo la Iglesia puede oponer contra ellos el código divino de la revelación, que es la solución de todos los problemas. Ella corrige los extravíos de la razón, sin humillarla ni exasperarla.

Aquellos errores atacan sistemáticamente toda autoridad; preciso es, por lo tanto, dar á ésta prestigio y firmeza. Nadie puede hacer esto mejor que la Iglesia, enseñando que toda autoridad viene de Dios, y predicando la obligación en que estamos de someternos á ella. Al mismo tiempo, para apagar las ambiciones, enseña que el poder es una carga pesada, y que el que lo ejerce ha de dar estrecha cuenta de cómo lo ha ejercido.

De modo que las doctrinas de la Iglesia son abiertamente contrarias á las negaciones masónicas y socialistas, y, por lo tanto, el medio más eficaz de combatir y disipar estos errores es difundir é inculcar aquellas doctrinas.

Además de sus doctrinas, tiene la Iglesia un sistema de instituciones que son la mejor salvaguardia del orden social. Cada una de esas instituciones está directamente ordenada contra alguna desgracia, contra alguna miseria de la humanidad. La Iglesia es la madre de todos los que sufren, de todos los oprimidos, de todos los *desheredados*, y se coloca siempre de parte del débil y sabe protegerle contra las demasías del poderoso. Robustece todos los lazos que unen á los hombres, y la fraternidad que predica no es una quimera, como la que predicaban los errores que estamos impugnando.

Restablézcanse las Ordenes religiosas; multiplíquense los Conventos, y este será el medio más eficaz para contener la espantosa invasión del *pauperismo*. Este será el medio más eficaz, más pacífico y más honroso de que la población quede reducida á sus justos límites, para que tengan pan todos los infelices. Opónganse las asociaciones católicas á las asociaciones ateas, y bien pronto el generoso fervor de

las primeras, sus heroicos ejemplos de virtudes, su voluntaria renuncia á los placeres y bienes terrenos disiparán el frío, las tinieblas y el materialismo que han difundido en los corazones las segundas.

La experiencia de todos los pueblos, en todos los siglos, demuestra claramente que, cuanto mayor es la falta de religión, es más desgraciada la suerte de las clases numerosas, y que entónces se lanzan éstas fácilmente al motín y á la revuelta. Pero los pueblos religiosos son pacíficos y viven dichosos.

Si comprendieran esto los Gobiernos, darían á la Iglesia el principal asiento en sus consejos y seguirían en todo sus aspiraciones, protegiéndola en su acción civilizadora, en lugar de tenerla declarada una ciega y sistemática persecución.

CAPITULO V.

La Iglesia maestra de la verdadera filosofía.

«No quiera Dios que yo sea injusto, ni ingrato, dice Bonet; yo contaría con mis dedos los beneficios de la religión, y reconocería que la verdadera filosofía le debe su nacimiento, sus progresos y su perfección» (1).

La filosofía es el conocimiento de las cosas naturales y divinas por las luces de la razón. «Por sus principios, la filosofía no puede hacer ningún bien que la religión no lo haga todavía mejor, y la religión hace muchos que no podría hacer la filosofía» (2).

Los mayores filósofos de la antigüedad y de los tiempos modernos, que no han sido guiados en sus especulaciones por las luces de la revelación divina, no han hecho otra cosa que amontonar sistemas cada vez más falsos. En el siglo XIX los profundos pensadores alemanes y franceses

(1) *Investigaciones sobre el cristianismo*, cap. 41, pág. 221.

(2) Rousseau, *Emilio*, tomo III, pág. 197.